Sección Bibliográfica

LA LITERATURA HISPANO-ITALIANA DEL SETECIENTOS

Hay libros que nacen de una conferencia, de un artículo largo hábilmente «estirado», del hallazgo fortuito de un documento; o bien, de una idea original, de una ocurrencia interesante, por no decir de algo leído en una revista extranjera y adaptado con listeza al español... Son muy frecuentes, en nuestro país, estos volúmenes. En el polo opuesto de ellos están los libros como el que ahora nos ocupa (1), elaborados a lo largo de muchos años de paciente trabajo, hechos con enorme erudición y también con amor a un tema que no excluye el deseo de objetividad histórica. Libros, en fin, unidos íntimamente a una amplia etapa de la vida de un investigador.

Muchos años ha dedicado el P. Batllori a estudiar la labor cultural de los jesuitas expulsados de España en el siglo XVIII, que marchan a Italia y desarrollan allí una actividad cultural de primer orden. Para Batllori, la bibliografía sobre este tema se convierte con naturalidad en recuerdos biográficos. Sin ninguna jactancia, con la máxima objetividad, nos habla de los años (desde 1935) dedicados a recorrer pacientemente los archivos españoles, italianos, hispanoamericanos... y nos dice cómo un texto o unas cartas permanecieron perdidos hasta que él mismo tuvo la fortuna de hallarlos. Una amplia selección de sus trabajos sobre este tema, publicados a lo largo de treinta años de fecunda labor investigadora, constituyen el volumen que ahora publica Gredos en su Biblioteca Románica Hispánica.

Los trabajos, como es natural, son de índole muy diversa. El mismo autor nos advierte que así debe ser, necesariamente, no sólo por su diverso destino sino también por la inevitable evolución en las ideas y los criterios historiográficos del investigador, paralela a la transformación experimentada por la ciencia histórica (por el mundo) en estos años agitados.

Para el lector de tipo medio nos parece especialmente recomendable el primer trabajo de este volumen: *La literatura hispano-italiana del*

---

(1) MIGUEL BATLLORI, S. I.: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles-hispanoamericanos-filipinos. 1767-1814.* Ed. Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, Madrid, 1967.

Setecientos, antes incluido en la *Historia general de las Literaturas hispánicas,* dirigida por Díaz-Plaja. Este destino hacía indispensable el carácter de síntesis que el lector no especializado agradecerá. Después de tantos hallazgos e investigaciones parciales, nadie como el P. Batllori podía ofrecernos una visión de conjunto, a la vez informativa y crítica, sobre este hecho cultural y sus principales figuras.

En la segunda parte, Batllori se fija especialmente en algunas grandes figuras: Arteaga, Hervás, etc. Se centra luego en el grupo catalano-aragonés y en los rasgos diferenciales de los jesuitas hispanoamericanos, comprendidos también en la orden de expulsión. Alternan ahora los juicios de valor y visiones panorámicas con los trabajos de rigurosa erudición, que apreciará cabalmente el erudito especializado en este período.

Sin pretender —sería absurdo— resumir el contenido de este amplio y riquísimo volumen, nos parece obligado ofrecer al lector algunas de sus conclusiones fundamentales, que le permitirán hacerse una mínima idea de su interés.

Los jesuitas expulsos escribieron en italiano, latín y español. Sus obras se divulgaron casi a la vez en España, traducidas por ellos mismos o por sus amigos. Ampliamente condicionados por el clima espiritual italiano del XVIII, forman un grupo aparte dentro de la literatura española. Como reacción contra el incipiente nacionalismo italiano (forzosamente antiespañol), tienen varios de ellos un nacionalismo exacerbado; por eso supervaloran la historia y cultura medievales de Cataluña y Valencia, rasgo claramente prerromántico. A la vez, poseen una mentalidad abierta a todas las corrientes culturales de Europa.

Batllori resume con acierto: «Si, viviendo en el extranjero, se sienten más españoles, se sienten también más europeos, y cuando divulgan sus obras en castellano cumplen una específica misión europeizante, en su más alto y trascendental sentido» (p. 16).

La «literatura» que escriben estos hombres hay que entenderla en su amplio sentido dieciochesco, como equivalente a «cultura». Las mejores obras de creación, dentro de eso, hay que buscarlas en el grupo valenciano: Montengón, Olcina, P. Serrano, Pinazo, Lassala... La importancia de esta literatura de creación, en todo caso, no es absoluta. En cambio, la cultura literaria de España entera, sin Hervás, Juan Andrés, Arteaga y Masdéu, «quedaría notablemente mutilada» (p. 54).

En resumen, la expulsión de los jesuitas representa, culturalmente, «un movimiento de circunvalación de ideas: llevan a Italia gérmenes auténticamente hispánicos; los desenvuelven allí en un ambiente más dieciochesco, más universal; los injertan en la cultura italiana y a la vez devuelven sus frutos a la patria lejana» (p. 495). Se cierra así el

movimiento de vaivén y la cultura española resulta enriquecida por el trabajo de unos hijos cuyos contratiempos personales —da la impresión— sirvieron sólo para aguzar más la capacidad creadora.

Por las páginas del libro de Batllori desfilan, caracterizada con precisión y arte, una gran cantidad de figuras admirables, interesantes o simplemente curiosas. El lector medio guardará vivo el recuerdo de Juan Andrés, el erudito sosegado y elegante, autor de una obra importante por la enciclopédica erudición, pero más aún por la fina valoración crítica. Particularmente curioso nos resulta, pensando en algunas polémicas de la historiografía y crítica actuales, su apasionamiento por los que llama «mis árabes» y su creencia en el origen árabe de la poesía provenzal, lo que dio lugar a una escuela de valencianos y catalanes que consideraban a la poesía provenzal como propia.

Recordaremos también la figura del mundano abate Arteaga, el insigne esteticista, que constituye uno de los sujetos de investigación predilectos de Batllori. Por debajo de su base neoclásica, estrictamente aristotélica, subraya en él nuestro crítico la viveza del estilo y la presencia de algunos rasgos típicamente prerrománticos: teoría de lo feo como posible objeto del arte, mitigación de las diferencias entre arte idealista y naturalista, valoración del sentimiento, reivindicación de las pinturas flamenca y española, etc.

Otras figuras de especial interés son el apasionadísimo Llampillas o el hipercrítico y regalista Masdéu. Desde el punto de vista de la literatura española, nos atrae especialmente la borrosa figura de Montengón, cultivador de la novela en un siglo tan poco novelesco. (Recordemos los magistrales estudios de Montesinos.) Dejando aparte los tópicos que todos conocemos, Batllori subraya su interés por lo exótico, pintoresco, y el sentimentalismo, reflejo de su personal experiencia amorosa y paterna. Su *Eusebio* fue condenado por la Inquisición española (no por el Indice de la Iglesia universal) «por contener proposiciones anticristianas, obscenas, contrarias a las buenas costumbres, y otras que fomentan el paganismo, pelagianismo y especialmente la secta de los quákeros». (¡Nada menos!)

También nos resultan especialmente curiosas las indicaciones de Batllori sobre los autores de tragedias neoclásicas: Colomes, Lassala y Bernardo García.

Señala el crítico cómo la floración literaria de los expulsos tiene sus raíces en el estado cultural de las diversas provincias españolas antes de la expulsión: «Los catalano-aragoneses, por ejemplo, iban a la cabeza del movimiento que, renovando los estudios humanísticos, tendía a superar el último barroco, mientras que se interesaban también por las ciencias naturales y por las disciplinas históricas» (p. 532). «Estudiando

seriamente el pasado histórico de España, los catalanes y valencianos se encontraron con la cultura de su propia tierra; el espíritu crítico y erudito del siglo XVIII es, así, uno de los preludios más claros del Romanticismo y la Renaixença» (p. 552).

Los valencianos se caracterizan por ser los únicos literatos de creación y por su facilidad de adaptación al nuevo ambiente, afición a la alta comedia, humor bonachón y satírico, afición al pasado político-cultural de Valencia, tendencia empírica de la filosofía e interés por las ciencias experimentales.

Los jesuitas americanos expulsados a Italia rendían culto todavía a las últimas formas del lirismo barroco y limitaban su interés a lo americano, a su país: representan una fase regionalista prenacional. Todo esto se une a un sentimiento prerromántico de nostalgia y reacción contra las obras que atacaban a la colonización española. Los jesuitas americanos defienden: 1) La colonización española. 2) La labor evangélica de la Compañía de Jesús. 3) La naturaleza de América, los naturalistas y poetas. 4) Las cualidades humanas de los indígenas.

De entre los miles de versos que escribieron en Italia (señala Batllori) son verdaderamente poéticos casi sólo los inspirados en el recuerdo del mundo americano. A la vez, reduce a sus justos límites la leyenda de la eficaz actuación de los ex jesuitas en la emancipación de Hispanoamérica.

Batllori ha hecho la crónica puntual, objetiva, precisa, de un interesante fenómeno de nuestra historia cultural. Con todo el respeto y la admiración, podríamos señalar un único lunar: la presencia en el volumen de una serie de trabajos que sólo pueden interesar al investigador especializado y que podrían haber sido sustituidos por otros, dentro de la bibliografía del propio autor, de un mayor interés para el público culto.

Sobre este tema, la obra de Batllori pasa a ser, evidentemente, la fundamental. La solidez de su base erudita es indudable. Quisiéramos señalar también con elogio el estilo, de aparente sencillez pero no carente de primores en la alusión o la rectificación; y, sobre todo, el tono general, que denota un espíritu tan ampliamente abierto a todos los problemas culturales, a todos los problemas humanos. Un tono general, un espíritu que bien podemos calificar (en el mejor sentido de la palabra) de «dieciochesco». No en vano ha escrito Batllori que «en el Setecientos la erudición era algo más cálido y vital —y aun nacional— que el academicismo helado y sin vida, aunque se presentase aquélla como prosa sabia y éste como poesía rimada» (p. 509).—ANDRÉS AMORÓS.